

Mas aquel, no hallando la respuesta de su agrado, eligió á un funcionario por nombre Nicéforo, que si bien opuso algunas observaciones, aceptó el cargo, y acto continuo recibió las órdenes sagradas. Aunque era hombre de opiniones ortodoxas y de costumbres irreprochables, se le declararon hostiles todos los eclesiásticos que no querian romper la comunión con Roma, juntamente con las órdenes monásticas, á causa de que su rápida exaltación al episcopado parecia erigir en ley un abuso condenado por el Papa reinante Adriano.

El Emperador estuvo á punto de desterrar á los monjes que se habian adherido á Platon y Teodoro, negándose á reconocer al nuevo patriarca, de cuyo propósito desistió, sin embargo, cuando se le hizo comprender la oposicion que se levantaria contra el patriarca Nicéforo, si por su causa se desterraban 700 religiosos y se despoblaban tan célebres monasterios. En su consecuencia, Platon fué restituído á su convento despues de 24 dias de prision. Pero muy luégo surgió un segundo conflicto que produjo nuevas y más enérgicas protestas de los monjes. El nuevo patriarca, accediendo á los deseos del Emperador, repuso al presbítero José en el cargo de que habia sido destituido por haber bendecido la union de Constantino VI con Teodota. Este paso, segun el sentir unánime de los hombres más rectos, como Platon, Teodoro y el hermano de éste, José, Arzobispo de Tesalónica, constituia un escándalo peligroso á la vez que una palmaria infraccion de los cánones. El partido del patriarca se excusó con la necesidad de evitar así mayores males, para lo cual también se habia apelado al juicio de un Sínodo convocado por Nicéforo; mas los studitas, enemigos declarados de la perniciosa «economía bizantina,» no veian en el Sínodo más que una Asamblea anticánónica, y acusaron al Patriarca, despues de amonestarle, de ser esclavo de la voluntad del Soberano. Por entónces se contentaron, sin embargo, con abstenerse de toda comunión con el mencionado presbítero y con el patriarca.

147. Hasta dos años despues, el 808, no se hizo público este proceder de los monjes, que causó en todas partes gran admiración. Teodoro, en la prevision de que estallara alguna tormenta, desenvolvió en una serie de cartas las razones que habian motivado su conducta. Declara en ellas que, tan pronto como el presbítero José fuera privado del ejercicio de sus funciones religiosas, reanudaria él las relaciones con el patriarca; sin cuya condicion seria infructuoso todo ensayo para restablecer la interrumpida comunión; que no siendo esta la primera vez que un Obispo habia obrado contra los dictados de la razon y que habia convocado Sínodos que indebidamente se arrogaron el nombre de Iglesia de Dios; ó que mostrando al exterior gran celo por el cumplimiento de los cánones,

en realidad habia sido el primero en quebrantarlos, no habia motivo para asombrarse ahora de que unos 15 Obispos hubiesen absuelto y restituído á su empleo á un presbítero, que debia ser condenado segun los cánones por dos principales razones: 1.ª, porque estando prohibido á los sacerdotes autorizar con su presencia las bodas de los bigamos (segun Neocaes. c. 7); con tanto mayor motivo les estaba prohibido bendecir uniones incestuosas; 2.ª, porque segun los mismos cánones, el que habia sido excluido del seno de la Iglesia por algun delito, no debia ser admitido nuevamente si no pedia su reconciliación en el término de un año, y el presbítero José habia estado excluido ocho, de 797 á 806, siendo repuesto por la autoridad civil con escarnio de todas las leyes eclesiásticas; bajo el gobierno de un Principe fiel á la doctrina de la Iglesia estaban los monjes libres de las persecuciones que han sufrido bajo la tiranía del adulterio; el criminal que se atrevió á pronunciar las oraciones de los desposorios en una union adúltera, cometió una blasfemia y no es digno de ejercer las funciones de sacerdote. Teodoro combate luégo la opinion de los que afirman que no es licito separarse de un Obispo sino por cuestiones relativas á la fe; para él la observancia de los cánones es tan sagrada como el mantenimiento de la ortodoxia en la fe. Calificado de cismático por el patriarca, aseguró el abad que estaba pronto á aceptar la paz, si Nicéforo separaba á José de las funciones sacerdotales; no pretendia arrogarse el derecho de censurar al Obispo, antes bien únicamente el celo por la salud de las almas le movia á condenar un crimen y le impedia aprobar un acto contrario á todo derecho.

El patriarca condena á los monjes.

148. El emperador Nicéforo resolvió acudir á la violencia para vencer la oposicion de los monjes, para lo cual mandó el patriarca convocar un Sínodo, que se reunió en Enero del año 809, compareciendo ante él Platon con otros monjes de diferentes monasterios. Teodoro afirma en sus cartas que esta Asamblea publicó las siguientes declaraciones, aunque tal vez lo hizo sólo de una manera indirecta: 1.ª El matrimonio de Constantino VI con Teodota debia considerarse legítimo, en virtud de la dispensa que se le habia otorgado. 2.ª Los Emperadores no están sujetos á las leyes eclesiásticas. 3.ª El ejemplo del Bautista y el de San Crisóstomo no pueden servir para disculpar la conducta de los turbulentos monjes. 4.ª La autoridad de los Obispos está sobre los cánones y ejercen el derecho de dispensación. 5.ª El que no acepte las precipitadas conclusiones sea excomulgado. Con sujeción á estos principios fueron condenados Platon y los demás religiosos; se destituyó al Arzobispo de

Tesalónica y se dictó sentencia de destierro contra los monjes en general; en cuya virtud fueron distribuidos en diferentes prisiones de las islas inmediatas, alcanzando también la persecución á todos sus adeptos. De esta manera volvieron á quedar desiertos suntuosos monasterios que, como el de Studium, habían sido restaurados con esplendor hacia poco tiempo.

Mas la persecucion y los sufrimientos no doblegaron el ánimo de campeones de la fe tan esforzados como Platon y Teodoro, quienes condenaron ahora, con más fuerza que nunca, la conducta del Patriarca, que por medio de un Sínodo de su devoción había sancionado el amancebamiento y dado nuevas fuerzas á la « herejía del adulterio » (moquianismo). Era evidente que ya no se trataba de una cuestión de mera disciplina; habiase invadido el terreno de la fe y de las costumbres, se atacaba el mismo Evangelio; el inflexible Teodoro creyó entónces llegado el momento de acudir á la Sede Apostólica para que, en su calidad de guardian de la pureza de la fe y juez supremo de la Iglesia, castigase el delito cometido y manifestara su juicio acerca del Sínodo bizantino.

Los monjes apelan á la Sede Apostólica.

149. Por más que el patriarca, obedeciendo las instigaciones del Emperador, aún no había anunciado al Papa su exaltación, y, por consecuencia, no había recibido en la forma acostumbrada la confirmación pontificia, el acto por el que los estuditas se habían separado de su patriarca y su actitud al parecer rebelde, produjeron en Roma una impresión desfavorable á los monjes. Ya en 808 escribió Teodoro á Basilio, abad de un convento griego de Roma, rechazando la acusación de cismáticos que se les imputaba, no sin manifestar profunda extrañeza de la escasa atención que allí se había prestado al acto de rehabilitación del presbítero, autor de aquella contienda. En 809 dirigieron Platon y Teodoro, por mediación del archimandrita Epifanio, un respetuoso escrito al Papa Leon III; y otro muy poco tiempo despues por mano de Eustaquio, en los que, cumpliendo un deber ineludible para con el sucesor de Pedro, le daban cuenta de la innovación introducida en la Iglesia bizantina, y le pedían que acudiera en auxilio de los que en aquella región habían permanecido fieles á la fe, á fin de que no cayesen en el nuevo error de los *moquianos*; que, á semejanza de lo que hizo Leon I en la lucha contra los entiquianos, opusiera á los nuevos herejes toda la incontrastable fuerza de su autoridad, condenando su innovación peligrosa. Al mismo tiempo, Teodoro y sus amigos buscaron apoyo por medio de cartas y súplicas; y que no se hizo esperar lo prueba el

que poco despues los vemos mostrar su agradecimiento por un escrito en el que se les consolaba y exhortaba al mismo tiempo á la perseverancia; pero con este motivo desenvuelven una vez más sus opiniones acerca del Sínodo de Nicéforo, y manifiestan su confianza de que Leon III, asistido por el Espíritu Santo, haría que se cumpliese lo que fuese más del agrado del Señor. También escribieron varias cartas al abad Basilio de Roma pidiéndole que mediara en su favor con el Pontífice.

150. El Papa, que no había recibido comunicación alguna del patriarca, no podía emitir un fallo decisivo sin haberle oído ántes y tener exactos informes acerca de las resoluciones de su Sínodo, ya que los monjes podían también haber traspasado los justos límites de la resistencia, y haber exagerado los detalles relativos al « Sínodo de los adulteros. » Por su parte Leon III quería evitar todo cuanto pudiera contribuir ó exacerbar el ánimo de los griegos y á desviarlos más de la Sede romana, siempre que no le obligasen á otra cosa manifiestos deberes de su alto cargo; y respecto de la rehabilitación de un sacerdote, destituido con arreglo á los cánones, no constituía en sí un hecho tan repulsivo para los occidentales como para los monjes del Imperio griego. Así es que, por el momento, no podía Leon hacer otra cosa que consolar á las víctimas de la persecución y exhortarlas á la perseverancia y á la unión; créese, no obstante, que solicitó la mediación de Carlomagno, que en 810 entabló negociaciones de paz con el Emperador de Oriente.

Entretanto continuaba la persecución promovida por Nicéforo; todo el que rehusaba ajustar su conducta á la perniciosa economía bizantina por considerarla opuesta á la ley de Dios, fuese monje, Obispo ó seglar, se exponía á sufrir la prisión ó el destierro. El abad Teodoro trabajaba sin descanso; animaba á los fieles ayudándoles con su consejo; enseñó á sus discípulos un sistema especial de escritura para llevar la correspondencia, y, según afirma Eulogio de Alejandria, escribió un libro acerca de la famosa Economía bizantina, de suerte que, aún en el destierro, fué un adversario terrible del moquianismo. En cambio, el tiránico y ambicioso Nicéforo se hacia cada vez más odioso, y no pasaba día sin que de alguna manera se enajenase la voluntad del pueblo: casó á su hijo Stauracio con la princesa ateniense Theofano, que había consumado ya su matrimonio con otro; extremó la persecución contra el clero; faltó diferentes veces á sus juramentos en una campaña contra los búlgaros, hiriendo así los sentimientos del ejército y del pueblo; otorgó plena libertad á los iconoclastas, de la cual abusaron algunos, como el monje Nicolao, que no sólo injurió impunemente las sagradas imágenes, sino también atacó los dogmas de la religion, burlándose de las exhortaciones del patriarca. Por fin tuvo una muerte ignominiosa en Julio del

año 811, haciendo la guerra á los búlgaros, en la que tambien recibió su hijo Stauracio las heridas que le llevaron al sepulcro. Ocupó el trono Miguel Rhangabe, que habia sido ya proclamado Emperador antes de la muerte de Stauracio.

Término de la contienda.

151. Miguel, hombre de nobles y rectos sentimientos, aunque de carácter debil é irresoluto, levantó el destierro á los proscriptos por Nicéforo y dió libertad á muchos de los encarcelados. Asimismo interpuso su autoridad para reconciliar á los estuditas con el patriarca, quien aceptó la condicion de destituir al presbítero José y de revocar sus anteriores decretos: dió completa satisfaccion á los monjes y declaró que sólo por evitar mayores males habia adoptado las medidas que provocaron su resistencia. De esta manera quedó restablecida la comunión de ambas partes, y los monjes volvieron á la obediencia de Nicéforo. Aun hubo algunos que se opusieron á este arreglo, como Anton, abad de San Pedro; pero el mismo Teodoro logró vencer su resistencia, obteniendo así su libertad, toda vez que el Emperador habia puesto á todos por condicion previa para alcanzarla el entrar de nuevo en comunión con el Patriarca. Todo cuanto habia ocurrido desde la ruptura de relaciones debia relegarse al olvido, quedando abandonado al juicio de Dios. El Emperador se dirigió luego al Romano Pontífice, dándole cuenta de las disensiones ocurridas y del arreglo acordado; y el patriarca le envió igualmente su sinódica, disculpando la tardanza con la opresion tiránica del anterior soberano. El papa Leon despachó á Bizancio cartas y legados que confirmasen la paz ajustada.

OBRAS DE CONSULTA SOBRE LOS NÚMEROS 144 Á 151.

Theoph. p. 727-752. G. Ham. p. 668 y sig. Cedr. II. p. 26 y sig. Vita S. Taras. c. 7 y sig. Theod. Vita S. Platon. (Migne, t. 99 p. 829 y sig.). Relatio de Taras. et Niceph. (Mai, Spic. VII. Praef. p. XXX y sig. Nov. PP. Bibl. V. II. p. IV. Goar in Theoph. II. p. 557-562 ed. Bonn.). Vita S. Theod. Stud. c. 18 y sig. p. 136 y sig. Michael mon. in vita S. Theod. c. 14 y sig. Theod. Stud. I. l. ep. 30 p. 1008 (cf. Baron. a. 795 n. 46); I. l. ep. 4 (Baron. h. a. n. 63 y sig.) ep. 5 etc. 16, 26, 31; L. II. ep. 218 y mi escrito Photius, I. p. 255-263. Theod. Stud. I. l. ep. 24, p. 981 y sig.; ep. 21, 22, 23, 25, 26, 28, 31, 33, 35, 40, 41, 48, 51, 56. Theoph. p. 752 y sig. G. Ham. p. 674 y sig. Cedr. II. 40 y sig. Vita Theod. Stud. c. 46 y sig. Laud. S. Platon. n. 35-37. Mansi, XIV. 15: Mi obra Photius, I. 263-271. Baron. a. 808-811.

Segunda contienda iconoclasta. Leon el armenio.

152. El reinado de Miguel I fué desgraciado en su conjunto. Los sarracenos y búlgaros atacaron las fronteras del Imperio sin encontrar apenas resistencia, y estos primeros fracasos sirvieron de pretexto á los revoltosos iconoclastas para poner en parangon los triunfos de su Constantino Coprónimo, á quien veneraban como santo, y para promover peregrinaciones á su sepulcro, ante el cual solian exclamar: ¡Levántate á salvar el Imperio que sucumbe! El año 812 muere el célebre abad Platon, á quien se hicieron suntuosos funerales por disposicion del patriarca que le visitó en su lecho de muerte. Al año siguiente, celebrando el mismo Nicéforo solemnes rogativas públicas en la iglesia de los apóstoles, penetraron tumultuosamente los iconoclastas en el sepulcro de Constantino, recibiendo por este acto duro castigo.

Pero el 22 de Junio del propio 813 sufrió Miguel I una completa derrota de los búlgaros, viéndose precisado á refugiarse en la capital, donde le persiguieron, en medio de burlas y denuestos, sus propios oficiales y soldados, hasta obligarle á renunciar la corona. El ejército invitó á Leon el armenio, uno de sus más hábiles generales, á tomar las riendas del Gobierno, como lo hizo despues de algunas vacilaciones; proclamado acto continuo Emperador, fueron encerrados en un convento Miguel y sus hijos, siendo éstos reducidos á la condicion de enuecos. Leon V (813-820), despues de asegurar la paz del Imperio con una victoria sobre los búlgaros, hizo pública profesion de sus ideas iconoclastas y se mostró sin rebozo partidario de la politica que se inspiraba en ellas, viéndose muy pronto secundado por individuos del clero, como el monje Sabacio, el abad Juan Gramático, tambien llamado Lekanomantis ó adivinador por medio de fuentes, y el oficial de ejército Teodoto Kassiteras, quienes trataron de probar la verdad de la doctrina iconoclasta, ya con pasajes de la Biblia, ó con supuestas profecias, ya tambien valiéndose de la astucia y del engaño, y muy particularmente poniendo en parangon el feliz reinado de los Emperadores iconoclastas y las desgracias de los partidarios de las imágenes. Efecto de la politica moderada de Tarasio, regentaban aún varias diócesis Obispos tildados de opiniones heréticas, que á pesar de su retractacion, más aparente que real, no esperaban más que una ocasion propicia, la menor indicacion del poder soberano, para hacer pública profesion de sus principios contrarios á las imágenes. Hacianse preparativos serios para iniciar la contienda; en el palacio imperial se celebró una reunion de eclesiásticos adictos á los planes de la corte con el objeto de reunir textos y documentos que,

á lo ménos en apariencia, condenasen el culto de las imágenes, y el año 814 redactaron una extensa Memoria inspirada en las ideas del pseudo-sinodo de 754.

El patriarca Nicéforo.

153. Este Príncipe de la Iglesia, acostumbrado á la obediencia servil del funcionario público, á cuya clase pertenecía ántes de su exaltación, mostró en los primeros años del desempeño de su cargo un espíritu débil incompatible con la independencia que debían revestir todos sus actos, muy particularmente en el reinado del Emperador del mismo nombre. Pero bajo el de Leon V, tan pronto como adquirió certeza de sus tendencias heréticas, adoptó una actitud completamente distinta que le conquistó un nombre glorioso en la historia de la Iglesia griega; elevándole al mismo nivel del invicto Teodoro de Studium. Habiendo llegado á su noticia las maquinaciones que se tramaban para abolir las decisiones del Concilio de 787, convocó un Sinodo de eclesiásticos al objeto de pedirles cuenta de su conducta; movió al abad Juan á retirarse á su convento despues de hacer pública retractación de su conducta sospechosa, y logró del obispo Anton de Syleon que renovase su profesion de fe, lo que no obstó, sin embargo, para que reincidiese más tarde.

En Diciembre del propio 814 hizo Leon el último definitivo ensayo para ganar al patriarca en favor de sus planes, haciéndole ver los males que el culto de las imágenes habia traído sobre el Imperio, la oposicion del pueblo á su restablecimiento y el silencio que sobre ese punto guarda la Sagrada Escritura. Nicéforo se contentó, para no exacerbar al Príncipe, con poner ante sus ojos la constante tradicion de la Iglesia, que es autoridad indiscutible para todo católico, no sin hacerle notar la inconsecuencia de los mismos iconoclastas que rendian veneracion á la señal de la cruz y á los Evangelios. Leon no se dió por convencido y apeló al gran número de teólogos que defendian sus mismas opiniones, de las cuales no lograron apartarle los sabios Obispos y abades que comisionó el patriarca para que le diesen á conocer la verdadera doctrina. Este no creyó oportuno admitir una conferencia con los iconoclastas, por haber ya resuelto la cuestion en el terreno legal el sétimo Concilio emménico; pero en cambio reunió á los Obispos y archimandritas en Santa Sofia á fin de pronunciar sentencia de excomunion contra el perjuro obispo Anton, y afianzar más los lazos que debían mantenerles unidos entre sí y con la doctrina de la Iglesia. Muchos seglares se asociaron al patriarca y á su clero, permaneciendo con ellos toda la noche en oracion.

Teodoro de Studium.

154. La noticia de esta reunion exacerbó en alto grado el ánimo del Emperador, en cuya conducta se inspiraron sin duda algunos soldados que profanaron el Santo Cristo que Irene habia vuelto á colocar sobre la puerta de bronce. El Emperador se habia abstenido hasta entónces de toda medida violenta; pero el año 815 mandó llamar á su presencia al patriarca, el cual acudió á la audiencia rodeado de Obispos, abades y monjes; y como en el curso de la conferencia dijese que no se encontraba solo, ántes bien le apoyaban numerosos correligionarios, mandó Leon V entrar en la estancia á todo el séquito del Patriarca y le recibió con gran pompa rodeado de numerosa corte de funcionarios é individuos del clero adictos á su persona. Despues de pronunciar un discurso contra la supuesta idolatria, insistió de nuevo en que celebrasen una conferencia los dos partidos contrarios. El Patriarca y los Obispos rechazaron la proposicion con sólidas razones, pero ninguno se distinguió tanto en la discusion como Teodoro de Studium.

Así como en otra ocasion habia combatido la tesis de que el Emperador no está sujeto á las leyes divinas, estableció ahora la diferencia que existe entre las potestades civil y eclesiástica y los deberes de un Príncipe cristiano para con la Iglesia. Entónces Leon se lamentó de que el osado monje le hubiese tratado como al más humilde de sus vasallos, por lo cual se habia hecho reo de muerte; sin embargo, no queria otorgarle la palma del martirio. La Asamblea fué despedida con tan marcadas muestras de desagrado, que en propiedad salió arrojada del palacio. Entónces el abad Teodoro convocó á todos los monjes á una reunion, en la que les exhortó á no desmayar en el combate; pero inmediatamente se les comunicó una órden imperial prohibiéndoles reunirse y ocuparse en la discusion de cuestiones religiosas, imponiéndoles el más absoluto silencio; á todo lo cual debían obligarse por una promesa escrita. Teodoro se negó á suscribir tal compromiso, no sin declarar que guardar silencio equivalia á hacer traicion á la verdad, que ningun poder humano tenia atribuciones para impedir la defensa de la doctrina ortodoxa, y que en este punto no tenian más norma que el ejemplo de los Apóstoles (Act. 4, 19; 5, 29). Tambien cuidó Teodoro de infundir ánimo al abadí Patriarca que, á pesar de haber recurrido á la mediacion de la Emperatriz y de algunos funcionarios de influencia, habia perdido todo prestigio con el Emperador, habiéndole éste prohibido celebrar y predicar en público, despues de privarle de toda intervencion en la guarda de las joyas de la Iglesia. Poco despues contrajo Nicéforo una enfermedad

peligrosa que puso una breve tregua en la persecucion de que era objeto por parte del soberano; pero no bien se encontró fuera de peligro, resolvió aquél deshacerse de él para siempre, convocando al efecto un Sínodo de Obispos más sumisos á la autoridad civil que á la eclesiástica.

Destierro del Patriarca y su sucesor iconoclasta.

155. Reunido el pseudo-sínodo, invitó á comparecer ante él al Patriarca, quien se negó á obedecer los mandatos de un juez que, además de ser incompetente y parcial, juzgaba la cuestion prohibiéndole ya usar el título de Patriarca ántes de oírle. Tratóse de intimidarle enviándole gentes que promoviesen un tumulto delante de su palacio, y como nada se lograra por estos medios, se le obligó á renunciar el cargo, enviándole acto continuo desterrado al Bósforo, en Marzo de 815, sin que por eso dejara de sostener, de palabra y por escrito, la doctrina de la Iglesia. Una gran parte del rebaño permaneció fiel á las enseñanzas de su desterrado pastor, á quien sirvieron tambien de consuelo, en su destierro, las felicitaciones que le envió el estudita Teodoro por su brillante defensa de los derechos y de la doctrina de la Iglesia.

Ocupó la silla de Bizancio Teodoto Kassiteras, oficial casado, de muy cortas luces, y emparentado con el emperador Constantino V por su tercera mujer. Recibida inmediatamente la tonsura fué consagrado Obispo el 1.º de Abril de 815, día de la Pascua. Fué uno de sus primeros actos reunir un sínodo que declaró nulo el sétimo Concilio general, y proclamó en su lugar el pseudo-sínodo de 754; los Obispos, sacerdotes y seglares que no votaron en favor de esta resolusion, fueron excomulgados y tratados con la mayor dureza. A partir de esta fecha, los iconoclastas vuelven á ocupar la silla patriarcal durante 27 años, en cuyo periodo no cesa la persecucion contra los católicos.

ORRAS DE CONSULTA Y OBSERVACIONES CRÍTICAS SOBRE LOS NÚMEROS 152 Á 156.

Theoph. p. 773 y sig. Genes. L. I. Reg. p. 4 y sig. G. Ham. p. 678 y sig. Theoph. Cont. I. 1 y sig. 17. Vita S. Niceph. c. 5 y sig. Vita Theod. c. 62 y sig. 76. Theod. Stud. L. I. ep. 36 ad Euprep. Theosterict. in vita S. Nicet. (Acta SS. I. Apr. App. p. XXII y sig.). Anon. de Leone Bardae. post Leon. Gram. p. 340 y sig. ed. Bonn. Mansi, XIV. 112-118. Neander, II. p. 292 y sig. Hefele, IV. p. 1 y sig. Mi obra Photius, I. p. 271-277. Vita S. Niceph. c. 10 y sig. Theosterict. l. c. Mansi, XIV. 133-136. Theoph. Cont. L. 17. Genes. L. I. p. 16. Theod. L. II. ep. 18 p. 1173 y sig. Baron. a. 814 n. 20. Hefele, IV. p. 5. Además de la Disputatio cum Leone Arm. (Combes, Manipul. rer. Cpl. Par. 1664 p. 159-162), acerca de la cual no sabemos con certeza si ha llegado á nosotros en su primitiva forma ni áun á qué conferencia se refiere, tenemos del patriarca Niceforo: Tres invec. in Cons-

tantin. Copron. un Apologeticus major y minor (Mati. Nova PP. Bibl. t. V. P. I.), y varias obras históricas (Breviar. hist. de 602-770 ed. Petav. Par. 1616. 1648. Chronogr. ed. Gear. Par. 1652), con una coleccion de Cánones (Mansi, XIV. 119 y sig. Pitra, II. p. 317-350). Comp. Migne, PP. gr. t. 100. Pitra, I. c. p. 314, 316.

Actividad del estudita Teodoro.

156. Muchos monjes, con Teodoro á la cabeza, hicieron una vigorosa campaña contra los herejes. Antes de la exaltacion de Teodoto, con el que los monjes ortodoxos rompieron toda comunicacion, el Domingo de Ramos celebró una procesion al redor de su convento, llevando en ella imágenes de varios santos, en cuyo honor se cantaron himnos religiosos. Invitado á tomar parte en el Sínodo de Teodoto, contestó que los monjes no autorizarian con su presencia ninguna asamblea eclesiástica sin la venia de su obispo Niceforo, mucho ménos cuando se trataba de combatir un Concilio ecuménico, cuyas decisiones eran ya canónicas. Sin atender á las amenazas del Emperador rehusó toda proposicion de acomodo, considerándola como una traicion que se hacia á la causa de la verdad. Entónces fué enviado al destierro y encarcelado; mas no por eso dejó de exhortar á los suyos y de animarlos á permanecer firmes y unidos á la Iglesia católica, de la que no era más que un segmento herético la bizantina.

Viendo que los monjes sostenian cada vez con más ardor sus convicciones ortodoxas, se revocó el destierro á todos ménos á Teodoro, por temor del extraordinario predominio que ejercia sobre los demas, no exigiéndoseles por entónces otra cosa que un acto público por el que diesen á entender que entraban en la comunión de Teodoto; pero aunque algunos se dejaron seducir, pronto los redujo Teodoro á penitencia. El Emperador castigó este acto mandándole azotar y trasladar á un punto más apartado del Imperio; mas este valeroso defensor de la fe continuó desde allí defendiendo la causa de la Iglesia por medio de cartas, no sin alcanzar brillantes triunfos de muchos de sus perseguidores, que se convirtieron en leales amigos, y de no pocos apóstatas que hicieron pública penitencia; él era entónces el centro que mantenía unidos á los católicos griegos en los asuntos espirituales, y de todas partes se le dirigian consultas sobre los puntos más diversos relativos á la disciplina y al dogma. La conversion de un sacerdote iconoclasta fué para él la causa de nuevos sufrimientos, que aumentaron aún más por haber caído en manos del Emperador algunas de sus numerosas cartas. En 819 fué desterrado á Smyrna, cuyo Obispo iconoclasta le hizo sufrir crueles tormentos. Entretanto, el Emperador puso al frente de los monasterios de

Studium y de Sakkudium al abad Leoncio, que, después de abrazar el error moquianista, se había pasado al partido iconoclasta y ahora ejercía una opresión durísima sobre los monjes.

Aumento de la persecución.

157. En poco tiempo se hizo general la persecución contra la Iglesia; no tan sólo monjes, sacerdotes y Obispos, sino también las religiosas, señoras y personas de todas las clases sociales, sin excluir los senadores y patricios; fueron blanco de los más inhumanos tratamientos. El monje Teófanos sucumbió en la prisión, víctima de las iras de sus perseguidores; el estudita Tadeo recibió la palma del martirio y los Obispos José de Tesalónica, Teofilacto de Nicomedia, Teófilo de Efeso y Pedro de Nicea, sufrieron igualmente persecuciones y destierro. Muchos tuvieron que trasladarse á Italia por no recibir las órdenes sagradas de manos de Obispos iconoclastas, y no pocos huyeron á los desiertos y soledades por no mantener comunión alguna con los herejes. Despacháronse por todas partes emisarios y espías que delataban la existencia de imágenes religiosas, cuyos devotos eran azotados sin piedad y enviados al destierro. También se puso particular empeño en hacer desaparecer los antiguos himnos de la Iglesia, que hacían mención de imágenes de los santos y en destruir cuantos libros tratasen de este asunto, y, al mismo tiempo que en las escuelas se inspiraba á los niños aversión hacia el supuesto culto idolátrico, se fundían los vasos sagrados que tenían imágenes grabadas y se demolían altares, sin consideración á su valor artístico. En vista de tan horrenda persecución, no debe maravillarnos que el Emperador creyese que podía llegar á destruir las aborrecidas imágenes y aun á borrar para siempre su recuerdo.

OBRAS DE CONSULTA SOBRE LOS NÚMEROS 156 Y 157.

Vita S. Theod. n. 78-98 p. 185 y sig. Mich. mon. c. 35 y sig. 45 y sig. Theod. Stud. L. II. ep. 1. 5. 8-11. 14-16. 21. 25 etc. 215. 219. Serm. catech. 29 p. 548; serm. 43 p. 568. Vita S. Nicol. in Act. SS. t. I Febr. p. 533. Cf. ib. t. II. Mart. p. 218 seq. Baron. a. 814 n. 36. 45 y sig.; a. 815 n. 11 y sig.; 816 n. 27. 36 y sig. y mi obra Photius, I. p. 279-281.

Correspondencia con el Papa romano.

158. Como ha sucedido siempre en casos análogos, los católicos de Oriente, con sus sacerdotes y monjes á la cabeza, acudieron en demanda de auxilio y protección á la Sede romana, con cuyo motivo dieron

además testimonio brillante de su carácter de Silla primada de la Iglesia universal. En un escrito redactado en su nombre y en el de otros varios abades, pinta Teodoro al pontífice Pascual I la terrible persecución de que son objeto, pidiéndole que, con su autoridad apostólica, levante su voz contra los perseguidores. También el Patriarca de los herejes despachó mensajeros á Roma, que ni siquiera fueron recibidos por el Pontífice, cuyo hecho vino á dar pública fe de que se hallaba excluido de toda comunión con la Sede romana. Muy al contrario, recibió Pascual con gran deferencia á los enviados de Teodoro, y todos los monjes de Oriente que buscaron amparo en los dominios pontificios encontraron un asilo seguro en el convento de Santa Práxedes. Luégo dirigió cartas al clero y á los religiosos de Bizancio, que infundieron consuelo y ánimo á los perseguidos; todo lo cual, según hizo notar Teodoro, era señal evidente de que regía la Iglesia romana el sucesor visible del Príncipe de los Apóstoles, á quien no era posible desconocer, y de que el Señor no abandonaría la Iglesia bizantina. Luégo despachó á Roma, con una segunda carta, á su fiel compañero Epifanio, quien llevó además otro escrito para el monje Metodio, encargado de trabajar allí por la causa de los católicos de Oriente en unión con el Obispo de Monembasia.

El pontífice Pascual hizo cuanto era posible por la Iglesia de Oriente, dada la tenacidad del Emperador, que tiranizaba á los católicos. En 818 le envió, por medio de legados, un escrito doctrinal, del que desgraciadamente sólo se conserva un fragmento, en el que refuta las objeciones y dudas que aquél había expuesto. Entre otros, merecen particular mención los siguientes argumentos: siempre que se pronuncia el nombre de Jesús, llénase el corazón de religioso afecto, y nadie le confiesa con verdad sino por el Espíritu Santo (I Cor. 12, 3). Obra más importante y más penosa es pintar una imagen de Jesús que pronunciar su santo nombre; mueve igualmente á la devoción y se efectúa del mismo modo por el Espíritu Santo. Los que dicen que no se necesitan signos exteriores para unirse con Dios, olvidan que los Sacramentos son también signos de esa naturaleza; ¿por qué es necesario el bautismo si no es menester signo alguno? Si tan aborrecible es la imagen de Dios, ¿por qué razón se dice que lo más noble que hay en el hombre es el estar formado á imagen y semejanza de Dios? El Pontífice hace ver luégo la nulidad de las objeciones tomadas del Antiguo Testamento, la diferencia que hay entre el culto de latria y el de dulia, adoración y veneración, así como también entre la sustancia material de una imagen y el objeto sublime que representa.

159. Las demostraciones y enseñanzas del pontífice Pascual hicieron en Leon V tan poca impresión como las de Gregorio II en el emperador

Leon III; pero, no obstante, sus cartas y legados contribuyeron, de un modo notable, á reavivar y fortalecer la fe de los católicos del Imperio. Aludiendo á los actos del Papa, escribía Teodoro que el Señor había mostrado de esa manera que su Iglesia estaba aún en posesión de toda su fuerza, ya que movía á los católicos de Occidente á corregir los desvarios de los bizantinos y á iluminar á los que combaten en medio de las tinieblas del error, aun cuando los contumaces no quisieran abrir los ojos del espíritu, separándose, de este modo, del cuerpo de Cristo, del Pastor supremo que reside en Roma, en cuyas manos depositó Jesucristo las llaves de la fe; contra el cual no prevalecerán nunca las puertas del infierno, es decir, las lenguas de los maestros del error; por eso, hace notar Teodoro, puede alegrarse el sucesor de los Apóstoles, Pascual, toda vez que ha cumplido la obra de Pedro, y deben regocijarse los fieles de tener á su cabeza verdaderos Obispos, cortados por el patron de los antiguos Padres de la Iglesia; «lo demás, que suceda como Dios quisiere.»

Vemos, pues, que en medio de tan cruel persecucion, los católicos se hallaban animados de alegre confianza, manteniéndose unidos entre sí y perfectamente separados de los iconoclastas. Esta misma cuestion produjo tambien escisiones en la familia imperial, que se manifestaron principalmente entre la hija y la madre, por haber sido tambien desterrada María, la esposa repudiada de Constantino VI, madre de la Emperatriz. Comparóse á Leon V con Faraon, Acab y Juliano el Apóstata, siendo cada dia mayor el odio que se le tenia, hasta que murió ignominiosamente á manos de un grupo de conjurados en la fiesta de Navidad del año 820. En su lugar fué proclamado Emperador Miguel de Amorío, encarcelado por su predecesor.

OBRAS DE CONSULTA SOBRE LOS NÚMEROS 158 Y 159. Theod. Stud. I. II, ep. 12, 13 ad Pasch. p. 1152 y sig. (Baron. a. 817 n. 21 y sig. a. ep. 35, 66 (Baron. a. 818 n. 7; 819 n. 22). Paschal. I. fragm. ap. Pitra, II. Praef. p. XI y sig. Theod. Stud. I. II, ep. 62, 63, 66, 73, 75, 77, 80, 121, 181 p. 1280 y sig. Cf. Baron. a. 819 n. 25; 821 n. 23. Vita Theod. n. 102 p. 205. Mich. mon. c. 48 p. 304. Vita S. Niceph. c. 13 n. 81 p. 144. Theoph. Cont. I. 19 y sig. Genes. L. I. p. 19-25. G. Ham. p. 691. Georg. mon. p. 777-779. Mi escrito Photius, I. p. 282 y sig.

El emperador Miguel II, llamado tambien Balbo, llamado tambien Balbus el Tartamudo (820-829), aunque simple soldado, sin religion y sin cultura, afecto además á los mismos principios que su aborrecido predecesor, se mostró, no obstante,

más moderado é indulgente, en los primeros años de su reinado. Es verdad que no abolió las leyes de Leon V; pero autorizó á los desterrados para regresar á sus hogares; y dió libertad á los encarcelados; declarando, al mismo tiempo, que no queria introducir innovaciones ni violentar las convicciones religiosas de sus vasallos; mas para evitar disturbios prohibió exponer públicamente imágenes en la capital. Nicéforo, que tambien recibió la libertad, aunque no el cargo patriarcal, y Teodoro, hicieron inútiles esfuerzos para lograr que se restableciese el culto público de las imágenes y la comunión con Roma; en vano trataron de ganar para su causa algunos funcionarios influyentes, haciendo ver que esta especie de tolerancia equivalia precisamente á rehusar á los católicos el uso de sus legítimos y reconocidos derechos; por último, esta anómala situacion hace exclamar al mismo Teodoro: «El fuego se ha apagado, pero ha quedado el humo.»

El Emperador propuso la celebracion de una conferencia á la que acudieran ambas partes, ó de un Sinodo comun. Pero los Obispos y abades católicos, reunidos para resolver, declararon que era imposible deliberar con los herejes en comun Asamblea, por cuya razon pidieron á Miguel II que, por cuanto había perdido la confianza en su Patriarca, se encomendase la resolucion del asunto, segun antigua costumbre, á la Sede romana, toda vez que esta Iglesia era la más alta de las iglesias de Dios, por haber sido su primer Obispo Pedro, á quien el Señor dijo: Tú eres Pedro, etc. (Matt., 16-18). Pero Miguel se negó á someterse á la decision del Papa; y por lo que hace á Nicéforo, no solamente no le restituyó á su Silla, sino que, á la muerte de Teodoro, en 821, elevó á la dignidad patriarcal al perjuro Arno de Syleon. Desde 823, en que sofocó la rebelion capitaneada por cierto Tomás, se declaró abiertamente enemigo y perseguidor de los católicos, muchos de los cuales se vieron precisados á buscar un asilo en Occidente, particularmente en Roma. Entonces Miguel, deseando mantener amistosas relaciones con los Estados de Occidente, despachó cartas y embajadores, en 824, pidiendo la extradicion de los emigrados, al mismo tiempo que describía con los más desfavorables colores la supersticion de los devotos de las imágenes, á los que tambien acusaba de haber esparcido falsos rumores relativos á su persona. Estalló con este motivo una verdadera persecucion, en la que muchos Obispos y monjes sufrieron crueles tratamientos, en particular Eutimio, arzobispo de Sardes, y Metodio, monje de Siracusa. Los católicos sufrieron entonces la pérdida de sus dos campeones más esforzados: el abad Teodoro, que murió el 11 de Noviembre de 826, y el patriarca Nicéforo, que falleció el 2 de Junio de 828.

Teófilo. Poco después bajó á la tumba Miguel II, que había dado á su reino el escándalo de casarse con la monja Eufrosina, nieta de Irene. Sucedióle su hijo Teófilo (829-842), que ya había regentado el Imperio en compañía de su padre; hombre de talento y ávido de gloria, pero de carácter cruel y tiránico. Sin considerar que su casa les debía la corona, castigó con severidad á los conjurados que ayudaron á su padre á quitar la vida y el trono á Leon V; volvió á encerrar en su convento á su madrastra Eufrosina, que era de todos aborrecida, reformó en un sentido más severo la administración de justicia, y restauró también las murallas de la capital. Hacía ostentación externa de sus sentimientos piadosos, y compuso himnos religiosos, que mandaba cantar en solemnidades públicas. Pero al mismo tiempo era declarado enemigo de las imágenes, y, sin atender las justas reclamaciones que le dirigieron los tres patriarcas de Oriente, poco tiempo después de su exaltación al trono, mandó aplicar con todo rigor las leyes de sus predecesores. A la muerte del patriarca Anton, que había bendecido su matrimonio con Teodora, natural de Pafagonia, hácia el 833, elevó á la Silla patriarcal á Juan Lekanomatias, maestro suyo y uno de los más fervientes iconoclastas; que puso especial empeño en excitar más y más su enojo contra todos los que no aceptaban sus disposiciones en asuntos eclesiásticos.

Empezó de nuevo la destrucción de las imágenes, al mismo tiempo que se recrudecía la persecución contra los eclesiásticos y monjes. Estos últimos fueron expulsados, no sólo de sus conventos, sino también de las ciudades, de suerte que muchos perecieron de hambre y de miseria, y no pocos sufrieron tormentos horribles. El monje Lázaro sufrió el de los azotes hasta derramar sangre. Metodio vivió encerrado en un hediondo calabozo, en compañía de dos criminales, durante siete años, en tanto que el coadjutor Miguel de Jerusalem y el poeta religioso José padecieron inhumanos tratamientos. Los cantores hermanos Teófano y Teodoro, que sostuvieron una disputa con el mismo Emperador, recibieron doscientos palos por orden expresa del tirano, quien además les hizo grabar, con fuego en la cara, doce versos yámbicos en que se les acusaba de idólatras, de donde les vino el nombre de *graphi*.

Llenáronse en poco tiempo las cárceles y se prohibió con rigor sumo todo acto que revelase veneración hácia las imágenes. Únicamente la piadosa Teoctista, madrastra del Emperador, tuvo valor para vituperar su odiosa conducta y recomendar con el ejemplo á su hija Teodora y á sus nietas el culto de las imágenes, por cuya razón, Teófilo prohibió á

sus hijas todo trato con la abuela y procuró disuadir con amenazas á su esposa, viéndose precisada ésta á emplear el disimulo á fin de acallar su enojo. Teófilo coronó su reinado de doce años, el 20 de Enero del año 842, con la muerte cruel dada á su cuñado Teófilo; que, á causa de las simpatías de que gozaba en el ejército, se le había hecho sospechoso.

Triunfo de la doctrina ortodoxa.

162. De acuerdo con las disposiciones de Teófilo fué proclamado Emperador Miguel III, de edad de tres años, encargándose de la regencia del Imperio su madre Teodora y su hermana mayor Tecla, que fueron auxiliadas en tan difícil cometido por el logothetes Teoctisto, el magister Manuel, y por su propio hermano el patricio Bardas. El primer cuidado de Teodora fué abrir las cárceles á los que padecían persecucion por sus opiniones antiiconoclastas, y levantar el destierro á los que le sufrían por la misma causa, con lo cual renació, en todas partes, la esperanza de que iba á tener lugar un cambio completo de política, apoyado efectivamente por Teoctisto y Bardas, siquiera se retardase su definitivo planteamiento por las vacilaciones de la Emperatriz y de Manuel. La primera creyó que debía hacer violencia á sus propios deseos, tanto en consideración á los juramentos hechos á su difunto esposo, como por evitar un choque violento con el poderoso partido de los iconoclastas, que tenía en sus manos la silla patriarcal, muchas sedes episcopales y los cargos más importantes de la milicia. Pero el citado Manuel, habiendo hecho voto, durante una peligrosa enfermedad, de restablecer las cosas en el estado en que se hallaban bajo la Emperatriz Irene, y cediendo, por otra parte, á las instancias de los monjes, que pedían la represión de la doctrina herética que todo lo inficionaba, se adhirió al parecer de sus colegas, en vista de lo cual la Emperatriz adoptó una resolución definitiva en el asunto.

El patriarca Juan VII, que no obedeció la invitación que se le hizo de restablecer el culto de las imágenes, fué destituido, nombrándose para sustituirle á Metodio, que tan cruel persecucion había sufrido durante los dos reinados anteriores. Reunióse luego en Constantinopla un Sínodo que aprobó la destitucion de Juan y la exaltación de Metodio, renovó las decisiones de los Concilios anteriores, particularmente las del sétimo del año 787, y declaró legítima y útil la veneración de las imágenes, pronunciando el anatema contra los iconoclastas. Resolvióse, además; celebrar anualmente el primer domingo de Cuaresma, la *fiesta de la ortodoxia*, con procesion solemne, en la cual debía renovarse el anatema pronunciado contra los enemigos de las imágenes. Así se prac-